

abrazo, él boca arriba, estrechándola con su brazo izquierdo, ella, oprimiéndole con todos sus miembros largos y suaves, con la cabeza apoyada en su pecho, los cabellos rubios esparcidos, mezclados con la barba blanca de Pascual. La Sunamita dormía con la mejilla sobre el corazón de su rey. Y en medio del silencio, en la amplia habitación en tinieblas, tan dulce para sus amores, no se oyó más que la suave respiración de ambos.

IX

Continuaba, pues, el doctor Pascual sus visitas de médico por la ciudad y la campiña del contorno. Y casi siempre llevaba del brazo á Clotilde, que entraba con él en las viviendas de los pobres.

Pero según había confesado muy bajito una noche, ahora aquellas visitas no eran más que de animación y de consuelo. Ya anteriormente, cuando acabó por no ejercer sino con gran repugnancia, era porque comprendía todo el vacío de la terapéutica. El empirismo lo descorazonaba. Desde el momento en que la medicina no era ciencia experimental, sino arte, sentía honda inquietud ante la infinita complicación de la enfermedad y del remedio variable, según el paciente. Las medicaciones cambiaban con las hipótesis: ¡cuánta gente debieron de matar, antiguamente, los métodos hoy abandonados! Todo se cifraba en el golpe de vista del

médico; el sanador no era ya más que un adivino de dotes privilegiadas, que marchaba á tientas, realizando curas á merced de las inspiraciones de su genio. Y he ahí por qué, después de doce años de ejercicio, había abandonado casi su clientela para dedicarse al estudio puro. Luego, cuando sus grandes trabajos sobre la herencia le devolvieron por un instante la esperanza de intervenir, de curar mediante sus inyecciones hipodérmicas, volvió á apasionarse, hasta el día en que su fe en la vida, aquella fe que le impulsaba á ayudar á la naturaleza, reparando las fuerzas vitales, se robusteció más aún y le inspiró la convicción superior de que la vida se bastaba á sí propia, de que era la única fautora de fuerza y de salud. Y no seguía visitando con tranquila sonrisa y eficaz esmero, sino á enfermos que clamaban á voces por su presencia y que se sentían milagrosamente aliviados, así les inyectase agua clara.

Ahora, Clotilde solía permitirse sus bromitas. En el fondo seguía siendo la adoradora del misterio; y decía alegremente que, si Pascual hacía milagros, era porque tenía en sí la virtud de que emanan, ¡porque era un Dios, un Salvador! Pero él, á su vez, se

complacía en traspasar á la joven la virtud eficaz de sus comunes visitas, afirmando que no curaba á nadie cuando Clotilde estaba ausente, que Clotilde era la que llevaba consigo el soplo del más allá, la fuerza desconocida y necesaria. Por eso los ricos, en cuya casa no entraba ella, continuaban gimiendo y llorando, sin ningún alivio posible. Y esa cariñosa disputa les entretenía. Siempre salían como si fuesen á hacer nuevos descubrimientos, y trocaban miradas de inteligencia en las casas de los pacientes. ¡Oh! ¡Aquel infame de sufrimiento que les sublevaba, y que era lo único que iban á combatir aún, ¡qué felices eran cuando lo creían vencido! Se consideraban recompensados regiamente siempre que veían secarse los sudores fríos, aplacarse las bocas clamorosas, recobrar vida las caras muertas. En suma: lo que ellos llevaban por doquiera era su amor, y con su amor aliviaban á aquel pequeño círculo de humanidad doliente.

—Morir no es nada; está en el orden de las cosas—decía frecuentemente Pascual.—Pero sufrir, ¿por qué? ¡Eso es horrendo y estúpido!

Una tarde fué con la joven á ver un enfermo al pueblecillo de Santa Marta, y al tomar

el ferrocarril para no molestar al viejecito, tuvieron un encuentro en la estación. El tren que esperaban venía de las Tulettes; Santa Marta era la primera estación en el sentido opuesto, hacia Marsella. Llegado ese tren, se precipitaban á abrir una portezuela, cuando vieron bajar del departamento que creían vacío á la viuda de Rougon. Felicidad ya no les hablaba. Bajó de un salto, á pesar de su edad, y se marchó muy tiesa y grave.

—Es el 1.º de Julio—dijo Clotilde cuando el tren estuvo en marcha.—La abuela viene de las Tulettes de hacer su visita mensual á mamá Dida... ¿Has visto qué miradame echó?

Pascual se alegraba en el fondo de aquel enfado con su madre, que le libraba de la continua pesadilla de su presencia.

—¡Bah!—respondió sencillamente.—Cuando las personas no se entienden, vale más que no se hablen.

Pero la joven se había quedado triste y pensativa. Luego, á media voz:

—La encuentro cambiada, con la cara pálida... Y, ¿te has fijado?, ella, tan correcta siempre, tan atildada, no llevaba guante más que en una mano, en la derecha, un guante verde... No sé por qué, pero me ha dado un vuelco el corazón.

El entonces, turbado también, hizo un ademán vago. Su madre acabaría por envejecer, naturalmente, como todo el mundo. Al decirlo, añadió que la señora pensaba legar su fortuna á Plassans para que se edificase un asilo que llevaría el nombre de los Rougon. Los dos volvían á sonreír, cuando exclamó Pascual:

—¡Toma, pues si es mañana cuando nosotros vamos también á las Tulettes á ver á nuestros enfermos! Y ya sabes que he prometido al tío Macquart llevarle á Carlos.

Felicidad, en efecto, volvía de las Tulettes, adonde iba invariablemente el primer día de cada mes para saber de mamá Dida. Desde hacía años se preocupaba febrilmente de la salud de la loca, asombrada de verla eternizarse, y enfurecida por su terquedad en vivir más allá de la medida común, hecha un prodigio de longevidad. ¡Qué alivio el día que enterrase á aquel testigo molesto del pasado, aquel espectro de la expiación, que evocaba, vivas, las abominaciones de la familia! Y cuando otros muchísimos habían ido, ella, demente, sin conservar más que una chispa de vida en el fondo de los ojos, parecía resuelta á no liárselas jamás. Aquel día, había vuelto á encontrarla en su sillón,

consumida y tiesa, inalterable. Como decía la enfermera, ya no había motivo para que muriese nunca. Tenía ciento cinco años.

Cuando salió del asilo, Felicidad estaba sobreexcitada. Pensó en el tío Macquart. ¡Otro que la estorbaba también, que se eternizaba con una obstinación irritante! Aunque sólo tenía ochenta y cuatro años, tres más que ella, le parecía ridículamente viejo y que traspasaba los límites normales, licitos y corrientes. ¡Y un hombre que vivía entregado á los excesos, que se ponía como un pellejo todas las noches, desde hacía sesenta años! Desaparecían los juiciosos, los sobrios, y él tan lozano y lucido, radiante de salud y de alegría. En tiempos anteriores, cuando fué á establecerse en Tulettes, ella le hacía regalos de vino, de licores y de aguardiente, con la secreta esperanza de librar á la familia de aquel borrachín asqueroso, del cual sólo había que esperar sonrojos y disgustos. Pero no tardó en advertir que tanto alcohol parecía, al contrario, fomentar su alegría, animar su semblante y encandilar ya sus ojos truhanescos; y suprimió los regalos, ya que el supuesto veneno le cebaba; guardábale un rencor terrible; á tener valor, le hubiese matado cada vez que volvía á verle

tan campante sobre sus piernas de beodo, riéndose en sus narices, al pensar que ella espía su muerte, y celebrando no darla el gusto de enterrar con él la antigua ropa sucia, la sangre y el fango de las dos conquistas de Plassans.

—Ya ve V., Felicidad—solía decir con tono horriblemente socarrón—yo estoy aquí para velar por mi anciana madre, y el día en que determinemos morirnos, será por deferencia hacia V., ¡sí! nada más que por ahorrarla el trabajo de venir á vernos, tan solícita, todos los meses.

Por lo común, la viuda de Rougón no quería ya granjearse nuevas decepciones yendo á casa de Macquart; la daban noticias de él en el asilo. Pero esta vez, como acabase de oír que atravesaba una crisis extraordinaria, que las empalmaba desde hacía quince días, atizándose trago más trago, la entró curiosidad de ver por sí mismo el estado en que se había puesto. Y al volver á la estación, dió un rodeo para pasar por la quinta del tío.

El día era soberbio; un día caluroso y espléndido de verano. A derecha é izquierda del camino angosto que recorría, miraba los campos que había sabido agenciarse el hom-

bre, toda aquella tierra pingüe, premio de su discreción y buen comportamiento. La casa, sita al Mediodía, con sus tejas de color de rosa y sus muros chillonamente embadurnados de amarillo, le pareció radiante de alegría. A la sombra de los añosos morales del terraplén, saboreó deliciosa frescura y gozó de la admirable vista. ¡Qué digno retiro, qué asilo de felicidad para un anciano que acabase, en medio de aquella calma, larga vida consagrada al bien y al deber!

Pero no veía ni oía nada. El silencio era profundo. Sólo lo interrumpía el zumbido de las abejas alrededor de las malvas reales. Y no había en la terraza más que un perrillo canelo, un lobezno, como los llaman en Provenza, tendido cuan largo era, á la sombra de la tierra desnuda. Conocía á la visita; habia levantado la cabeza gruñendo, á punto de ladrar; pero se echó otra vez, y ya no volvió á rebullirse.

A poco, en medio de aquella soledad y de aquella alegría del sol, sintió estremecimiento extraño y llamó:

—¡Macquart!... ¡Macquart!...

La puerta de la quinta aparecía abierta debajo de los morales. Pero Felicidad no se atrevía á pasar: aquella casa vacía, con la

entrada franca, la llenaba de zozobra. Llamó nuevamente:

—¡Macquart!... ¡Macquart!...

Ni un ruido. Ni un soplo. Tornaba el grave silencio; sólo aumentaba el zumbido de las abejas alrededor de las malvas reales.

Avergonzada al fin de su miedo, entró resueltamente. A la izquierda del vestibulo, veíase cerrada la puerta de la cocina, donde solía encontrarse el tío. La empujó. Al pronto no distinguió nada, porque él había debido de cerrar las maderas para evitar el calorazo. Felicidad sentía agarrársele á la garganta la peste de alcohol que llenaba la pieza: parecía que todos los muebles sudaban aquel olor, que toda la casa estaba impregnada de él. Después, acostumbrándose sus ojos á las semi-tinieblas, acabó por columbrar al tío. Estaba sentado cerca de la mesa, sobre la cual había un vaso y una botella de aguardiente completamente vacía. Hecho un rebuño en la silla, dormía como un leño, borracho perdido. Aquel espectáculo reanimó la cólera y el desprecio de Felicidad.

—¡Vamos, Macquart, es insensato é innoble ponerse en un estado semejante!... ¡Pero despiértese, esto es una vergüenza!

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALEJANDRO DE VES"
 1955 MONTERREY, MEXICO

El sueño del borracho era tan profundo que no se oía siquiera la respiración. Inútil fué que Felicidad alzase la voz, le sacudiese violentamente.

—¡Macquart! ¡Macquart! ¡Marquart!... ¡Ande de ahí!... ¡Da V. asco, hombre!

Y le dejó entregado á su suerte, sin molestarle más, recorriendo la pieza con desparpajo y arrollando muebles. Al salir del asilo por la carretera polvorienta, la había acometido ardiente sed. Se quitó los guantes que la estorbaban, y los puso en una esquina de la mesa. Luego tuvo la suerte de encontrar el cántaro, lavó un vaso, lo llenó hasta los bordes y se disponía á beber, cuando, á la vista de un espectáculo tan extraordinario, se alteró de tal suerte, que lo dejó intacto junto á los guantes.

Cada vez veía mejor en la pieza, á favor de los tenues rayos de sol que penetraban por las rendijas de las viejas y desvencijadas maderas. Distinguía muy bien al tío, con su traje de paño azul, y con su imprescindible gorra de pieles que no se quitaba en ninguna estación. Había engordado desde hacía cinco ó seis años, y era un verdadero montón de carne rebosante de grasa. Felicidad acababa de advertir que había debido

dormirse fumando, porque la pipa, una pipa negra y corta, estaba caída sobre sus rodillas. Después se quedó inmóvil de asombro: se había desparramado el tabaco encendido, prendiendo fuego al paño del pantalón; y por el agujero de la tela, tamaño ya como un duro, asomaba el muslo desnudo, un muslo rojo, de donde salía una llamita azul.

Al pronto creyó Felicidad que estarían ardiendo el calzoncillo ó la camisa. Pero no era lícita la duda: veía perfectamente la carne al descubierto, y de allí se desprendía la azul llamita ligera y retozona, como la llama errante que juguetea en la superficie de un vaso de alcohol inflamado. A la sazón no era más alta que la de una lamparilla nocturna, y tan vaporosa é inestable, que el menor soplo de aire la agitaba. Pero crecía, tomaba cuerpo rápidamente y se abría la piel, y empezaba á derretirse la grasa.

Un grito involuntario brotó de la garganta de Felicidad:

—¡Macquart!... ¡Macquart!

Macquart seguía sin moverse. Su insensibilidad debía de ser completa, la embriaguez le había producido una especie de coma, una parálisis absoluta de la sensación; por-

que vivía, el pecho se elevaba á impulsos de respiración lenta é igual.

—¡Macquart!... ¡Macquart!...

Ya la grasa rezumaba por las grietas de la piel, activando la llama que se propagaba al vientre. Y Felicidad comprendió que el hombre iba á inflamarse como una esponja empapada en aguardiente. Su cuerpo estaba saturado de él años hacía, y del más recio, del más inflamable. No tardaría en arder, seguramente, de pies á cabeza.

Felicidad renunció á despertarle, puesto que dormía de tal modo. Por espacio de un minuto se atrevió á contemplarle de nuevo, espantada, pero cada vez más resuelta. Sus manos tiritaban, presa de un temblor que no podía contener. Sofocada, cogió el vaso con las dos, y lo apuró de un trago. Se marchaba ya de puntillas, cuando se acordó de los guantes. Volvió, y á tientas, precipitadamente, creyó recoger el par de encima de la mesa. Salió, por fin, cerrando la puerta con mucho cuidado, sin hacer ruido, como si temiese molestar á alguien.

Al hallarse otra vez en la explanada, en medio de la alegría del sol, al aire libre y frente al inmenso horizonte celeste y puro, exhaló un suspiro de alivio. El campo estaba

desierto: seguramente nadie le había visto entrar ni salir. No encontró más que el lobezno tumbado, que ni siquiera se dignó levantar la cabeza. Y se alejó con su pasito presuroso y su leve contoneo de muchacha. Cien pasos más allá, una fuerza irresistible la hizo volverse, á pesar suyo, y dirigir la última mirada á la casa, tan apacible y risueña en medio de la pendiente, al declinar de aquel hermoso día. Hasta que estuvo en el tren y fué á ponerse los guantes, no echó de ver que faltaba uno. Pero estaba segura de que se le había caído en el andén, al subir al vagón. Se creía muy tranquila, y, no obstante, se quedó con una mano calzada y la otra desnuda—cosa incomprensible en ella, á menos de una perturbación extraordinaria.

Al día siguiente, Pascual y Clotilde tomaron el tren de las tres para ir á las Tulettes. La madre de Carlos, la guarnicionera, les había entregado al muchacho, puesto que tenían á bien de encargarse de llevarlo al tío, con quien debía quedarse toda la semana. El matrimonio había tenido nuevas disputas; el marido se negaba resueltamente á tolerar por más tiempo aquel chico ajeno, aquel hijo de príncipe, holgazán é imbécil.

Como quien le vestía era la abuela Rougon, el muchacho iba, en efecto, aquel día, engalanado de terciopelo y oro, á guisa de anti guo paje ataviado para presentarse en la corte. Y durante el cuarto de hora del viaje, hallándose solos en el departamento, Clotilde se entretuvo en quitarle la gorra para atersarle sus admirables cabellos rubios, aquella regia cabellera cuyos rizos caían sobre los hombros. Pero tenía una sortija en un dedo, y al pasarle la mano por la nuca, se asombró de ver que su caricia dejaba sanguinolento rastro. No se le podía tocar, sin que la piel se humedeciese de encarnado rocío: era tal el reblandecimiento de los tejidos, agravado por la degeneración, que el menor roce determinaba una hemorragia. El doctor, alarmado en seguida, le preguntó si seguía sangrando tan á menudo por la nariz. Apenas supo responder: primero contestó que no, y luego, acordándose, dijo que había echado mucha el otro día. Parecía, en efecto, más débil. A medida que avanzaba en edad, volvía á la infancia, y su inteligencia, que nunca había llegado á despertarse, iba oscureciéndose. Aquel muchacho de quince años, con su carita de niño y su tez de flor criada á la sombra, no aparentaba

diez. Clotilde, que lo había tenido en las rodillas, compadecida y llena de pena, al volver á dejarle en el asiento, notó que trataba de deslizar la mano por su escote, con impulso precoz é instintivo de animalillo viciouso.

Ya en las Tulettes, Pascual decidió llevar al muchacho, á todo trance, con el tío. Subieron, pues, la ruda pendiente. Desde lejos, la casita sonreía, como la vispera, á la luz del sol, con sus tejas sonrosadas, sus muros amarillos y sus verdes morales que, alargando las retorcidas ramas, protegían el terraplén con tupida techumbre de follaje. Una paz deliciosa bañaba aquel solitario asilo, aquel retiro de sabio, donde no se oía más que el zumbido de las abejas alrededor de las malvas reales.

—¡Ah, tuno de tío!—murmuró Pascual sonriendo.—¡Le tengo envidia!

Pero se sorprendía de no verle ya en pie al borde de la terraza. Y como Carlos echase á correr, llevándose á Clotilde para ir á ver los conejos, el doctor siguió subiendo solo; una vez arriba, se extrañó de no ver á nadie. Las ventanas estaban cerradas, y la puerta del vestíbulo abierta de par en par. Allí no se veía más que al lobezno en el din-

tel, con las patas tiesas y el pelo erizado, exhalando continuamente lastimero gañido. Cuando notó la presencia de la visita, que conocía sin duda, calló un instante, fué á plantarse más lejos, y al punto volvió á gemir tiernamente.

Pascual, embargado por indefinible temor, no pudo contener el azorado grito que subía á sus labios.

—¡Macquart!... ¡Macquart!

No respondió nadie. La casa persistía en silencio de muerte al través del negro agujero que presentaba la puerta abierta. El perro seguía gañando.

Pascual, impaciente, gritó más alto:

—¡Macquart! ¡Macquart!

Todo callado. Las abejas zumbaban; la inmensa serenidad del cielo envolvía el solitario retiro. El doctor se decidió. Quizá el tío estaría durmiendo. Pero apenas había empujado, á la izquierda, la puerta de la cocina, salió del recinto un olor horrible, un olor insoportable á carne y á huesos quemados. En la pieza apenas pudo respirar, ahogado y cegado por denso vapor, por una nube estancada y nauseabunda. Los tenues rayos de luz que se filtraban por las rendijas no le permitían ver bien. A pesar de

todo, corrió hacia la chimenea; pero no tardó en desechar su primera presunción de incendio, porque los muebles que divisaba en derredor parecían intactos. Y no comprendiendo, y sintiéndose desfallecer en aquella atmósfera envenenada, se precipitó á abrir las maderas violentamente. Entró un torrente de luz.

Entonces, lo que al cabo pudo observar le llenó de asombro. Todas las cosas se encontraban en su sitio; el vaso y la botella vacía de aguardiente estaban en la mesa; sólo la silla en que había debido sentarse Macquart presentaba señales de incendio: tenía negras las patas y medio quemada la paja. ¿Qué se había hecho del tío? ¿A dónde habría podido marcharse? Delante de la silla, en el suelo manchado por un charco de grasa, no había más que un montoncito de ceniza, y la pipa al lado, una pipa negra, que no se había roto siquiera al caer. Todo Macquart estaba allí, en aquel puñado de ceniza menuda, en la nube roja que salía por la ventana y en la capa de hollín que había tapizado la cocina entera, horrible hollín de carne evaporada, craso é infecto, que todo lo envolvía.

Era el caso más notable de combustión espontánea que jamás pudo observar un

médico. El doctor los había leído sorprendentes en ciertas Memorias—entre otros, el de la mujer de un zapatero, una borracha que se había dormido sobre su calentador, y de la cual no quedaron más vestigios que una mano y un pie.—El, por su parte, se había resistido á creerlo hasta entonces, no resignándose á admitir, como en la antigüedad, que un cuerpo, impregnado de alcohol, desprendiese un gas desconocido, capaz de inflamarse espontaneamente y de devorar la carne y los huesos. Pero ya no negaba; antes bien, se lo explicaba todo, reconstruyendo los hechos: el coma de la embriaguez; la insensibilidad absoluta; la pipa cayendo sobre la ropa y prendiéndola fuego; la carne saturada de bebida, ardiendo y agrietándose; parte de la grasa derretida corriendo por el suelo; otra parte activando la combustión; y todo, en fin, músculos, órganos, huesos, consumiéndose en la llama del cuerpo entero. Todo el tío estaba allí, con su traje de paño azul y la gorra de pieles que llevaba desde el principio al fin del año. Sin duda, al empezar á arder de aquella manera, como un cohete, debió de caer hacia adelante: así se explicaba que apenas se hubiese ennegrecido la silla. Y no quedaba nada de él, ni un

hueso, ni un diente, ni una uña, nada más que aquel montoncito de polvo gris que amenazaba barrer la corriente de aire de la puerta.

En esto entró Clotilde, dejando fuera á Carlos, distraído con el aullido del perro.

—¡Jesús, qué olor!—dijo.—¿Qué hay?

Y cuando Pascual la hubo explicado la extraordinaria catástrofe, se estremeció. Había cogido ya la botella para verla, y la dejó otra vez, horrorizándose al sentirla húmeda y pringada de la carne del tío. No se podía tocar á ninguna cosa: todo parecía como bañado en aquel hollín amarillento que se pegaba á las manos.

La acometió un escalofrío de pavor y de repulsión, en medio del cual lloraba y tartamudeaba:

—¡Qué muerte tan triste! ¡Qué muerte tan horrible!

Pascual, repuesto de su primer asombro, casi sonreía.

—Horrible, ¿por qué?... Tenía ochenta y cuatro años, y no ha padecido... A mí me parece una muerte soberbia para ese bigarido de vejestorio que ha llevado... ¡válgame Dios!, bien puede decirse en este momento, una existencia poco católica... Bien te acuer-

das de su legajo: tenía sobre su conciencia cosas verdaderamente terribles é indecorosas, lo cual no le ha impedido arreglarlas más tarde y envejecer en medio de todas las alegrías, como buen truhán, recompensado por las virtudes que no tuvo... ¡Y helo ahí muerto regimiento, á estilo de príncipe de los borrachos, inflamándose de suyo, consumiéndose en la hoguera encendida de su propio cuerpo!

El doctor, maravillado, abarcaba toda la escena con sus brazos abiertos.

—¿Ves esto?... ¡Estar borracho hasta el punto de no sentirse arder, de encenderse como una traca y desvanecerse en humo, hasta el último hueso!... ¿Eh? ¿Qué me dices del tío volando por el espacio, difundiéndose primero por los ámbitos del aposento, disuelto y flotante en el aire, y saliendo después, reducido á nube de polvo, por esa ventana, en cuanto la abrí, para cernerse en la atmósfera llenando el horizonte?... ¡Pero si es una muerte admirable! ¡Desaparecer, no dejar rastro de sí más que un montón de ceniza y una pipa al lado!

Y recogió la pipa para conservar, según advirtió, un recuerdo del tío. Clotilde, que creyó descubrir un dejo de amarga burla en

aquel arranque de admiración lírica, seguía manifestando con un estremecimiento su terror y su náusea.

Pero debajo de la mesa acababa de divisar una cosa, algún residuo quizá.

—Mira ahí.

Pascual se bajó, y recogió con sorpresa un guante de mujer, un guante verde.

—¡Calla!—exclamó Clotilde.—Es el guante de la abuela; acuérdate: el guante que le faltaba ayer tarde.

Los dos se miraban, sintiendo al borde de los labios la explicación: Felicidad había ido, de seguro, la víspera, y el doctor adquiría de repente la certidumbre de que su madre había visto arder al tío, sin querer apagarlo. Así se desprendía, para él, de varios indicios: el estado de enfriamiento completo de la pieza y el cálculo que hacía de las horas necesarias para la combustión. Vió perfectamente que nacía el mismo pensamiento en el fondo de los ojos espantados de su compañera. Pero como parecía imposible llegar á saber nunca la verdad, urdió en alta voz la explicación más sencilla.

—Por lo visto, tu abuela entró á darle las buenas tardes al volver del asilo, antes que él se pusiese á beber.

—¡Vámonos! ¡vámonos!—exclamó Clotilde. — ¡Me ahogo! ¡no puedo estar más aquí!

Pascual, á su vez, quería ir á dar parte de la defunción. Salió detrás de la joven; cerró la casa, y se guardó la llave en el bolsillo. Fuera volvieron á oír al perrillo canelo, que no cesaba de aullar. Se había refugiado entre las piernas de Carlos, y el niño se entretenía en empujarle con el pie, oyéndole gemir, sin darse cuenta de nada.

El doctor se fué directamente á casa del señor Maurin, el notario de las Tulettes, que era al mismo tiempo alcalde. Viudo hacía diez años, vivía en compañía de su hija, viuda también y sin sucesión, y mantenía buenas relaciones con el viejo Macquart; á veces había tenido á Carlitos en su casa días enteros, porque su hija se interesaba por aquel niño tan guapo y tan digno de compasión. El señor Maurin, alarmado, quiso subir con el doctor á comprobar el accidente, y prometió levantar un acta de defunción en regla. En cuanto á dedicar al tío honras fúnebres, exequias, parecía cosa muy difícil. Cuando entraron en la cocina; el viento de la puerta hizo volar las cenizas; y, después de esforzarse en recogerlas piadosamente, apenas consiguieron reunir más que raedu-

ras del suelo, una costra de basura antigua, donde debía quedar bien poca cosa del tío. Entonces ¿qué iban á enterrar? Valía más renunciar á ello. Se renunció, pues. Por otra parte, el tío no iba á la iglesia, y la familia se contentó con mandar decir misas por el descanso de su alma.

El notario se apresuró á indicar que existía un testamento depositado en su poder, y citó al doctor para de allí á dos días, con objeto de hacerle la comunicación oficial; porque creyó poder decirle que el tío le nombraba ejecutor testamentario. Y acabó por ofrecerle tener á Carlos en su casa hasta esa fecha, comprendiendo lo mal que el niño estaba con su madre y lo mucho que había de estorbar al doctor en medio de todas aquellas complicaciones. Carlos pareció tan contento, y se quedó en las Tulettes.

Como Pascual tenía que ver aún á sus dos enfermos, no pudo volver á Plassans con Clotilde hasta muy tarde, en el tren de las siete. Pero el día señalado, al acudir juntos á la cita del señor Maurin, tuvieron la desagradable sorpresa de encontrarse allí con la viuda de Rougon. Habiendo sabido naturalmente la muerte de Macquart, corrió inquieta á las Tulettes, con grandes demostra-